

MI TIO CHEPE GONZALEZ ✓

A sí me lo contó don Blas Quesada, quien vive aún, rodeado de hijos y de comodidades, en Sabanilla de los Granados, y que es hombre que no miente:

Usted no conoció a su tío, era un valiente de los más valientes. Y vea que en aquella Rivas se probaron los mejores corazones costarricenses. Aquello era un infierno: llovían balas como granizos, no se respiraba más que humo de pólvora, por las calles corría más sangre que agua, cada ventana era una aspillera, cada puerta vomitaba plomo y cada techo estaba convertido en trinchera. La compañía de don Chepe, muy mermada ya, estaba recogida en un corral de piñuela; aquel condenado cañón que los yankis habían puesto en la puerta del Mesón, era la escoba de la muerte; ¡a cada disparo caían los muchachos como guayabas!

—¡Muchachos!, dijo don Chepe, hay orden de clavar aquel cañón; vénganse conmigo

veinticinco decididos; yo no los escojo, porque tendría que llevarlos a todos.

A la calle nos salimos y nos fuimos yendo arrimados a las cercas y paredes, caminando de flanco, otros por media calle arrastrando como lagartijas. Nos hicieron tres descargas, la mitad de la gente se quedó en el camino. Nos escurrimos entre una casa; éramos unos diecinueve, cuatro muy baleados; yo con mi buen balazo en la quijada, que en nada estuvo que me quitara el resuello. Al teniente, que no me acuerdo cómo se llamaba, lo habían bandeado.

—Bueno, muchachos: los que aguanten, afuera de un solo golpe, a toda carrera; son veinticinco varas, le caemos al cañón sin darles tiempo para cargarlo, y aunque allí quedemos todos, lo clavamos; los otros entrarán!

Dicho esto y ya se fué saliendo don Chepe, sin sombrero, con la espada y un buen clavo.

—¡Pecho en tierra!...

No nos dió tiempo el aguacero de balas: se apearon al capitán... por aquí, a la raíz del pelo, en la pura frente le clavaron el cachimbazo; abrió los brazos y se vino de espaldas; aquí me cayó, sobre el muslo izquierdo; lo metimos otra vez a la casa.

—¡El Capellán!, balbuceaba don Chepe; nombren jefe y claven ese cañón.

Cerró los ojos y siguió resollando; ¡cada vez que resollaba se le veían los sesos asomarse al hueco!

Nombramos teniente al negrito Guevara, de la Puebla. Yo sólo a don Chepe he visto en mi vida más templado que ese negrito. Mata-Viejas era más atrevido pero no más condenado; ese negrillo, con la bayoneta en la mano, era un demonio, una tintorera: ¡parecía cosa del otro mundo! ¡Ese se debe haber muerto cuando le dió la gana!

—Mata-Viejas, dijo Guevara, ¡vaya llame un Capellán para que absuelva a don Chepe!

—Si no se está muriendo, mejor es que le hagan remedios; ¡yo lo llevo al Estado Mayor!

—¿Usted es tonto? ¿Cómo lo va a llevar?

—Pues así.

Se lo pusimos en las espaldas, aquellas espaldotas que parecían una batea; se lo sujetamos con las bandas y con él salió a la calle, se echó al suelo y caminando como culebra, lo sacó a la boca-calle. Le llovieron balas sin misericordia, pero quiso Dios que no lo tocaran, ni al capitán tampoco.

Su tío estuvo en el Estado Mayor todo el

resto del día y la noche y hasta al otro día fué que le entró tétanos y el doctor Frantzius ya no pudo curarlo.

Yo le voy una apuesta que hoy, con todo y sus remintones y sus cañones, y toda su bulla, llegádose el caso, ¡habrá muy pocos Guevaras, ni muchos Mata-Viejas, y más menos Chepes González!

—¿Y clavaron el cañón?

—¡Vaya una pregunta! ¡Entonces no le estaría yo contando el cuento!

El Tiempo, 15-XI-1900.

EPISODIOS NACIONALES

1885

Homenaje de respeto a la memoria
del General Don Vicente Vargas.

TENIENTE González, mande tocar atención!

—¡Chaves... Uno!

—¡Chaves... Uno y cuatro!

—Capitán Loría, ordene usted al Coronel Brenes y al Capitán Miranda que dispongan el campo para pasar aquí la noche; que el Teniente Padilla aliste los fogones para el rancho; vea que la tropa no tome agua ni se bañe sin haberse refrescado. Mucho orden y mucha disciplina.—¡Vives, arme mi tienda tan pronto como haya usted comido!

Quinientos ticos y cien nicaraguas al mando del General Vicente Vargas forman la vanguardia del ejército enviado para sostener con las armas el honor nacional amenazado por Rufino Barrios. Hace veintitrés días que aquéllos salieron de San José; han recorrido, a pie,

ciento veinte leguas bajo los ardorosos rayos del sol, atravesando bosques y áridas soledades, sufriendo hambre y sed, cargados con la maletilla y el réminton, vadeando ríos caudalosos con el agua al pecho, y hoy llegan a la orilla del Platanar con el mismo entusiasmo, henchidos de patriotismo, a pasar la noche al viento y al sereno, sobre el duro suelo enemigo, a pocas leguas de la ciudad donde mil seiscientos adversarios los esperan para destrozarnos quizás y llevar la conquistada bandera y los sangrientos despojos al tirano audaz.

Me recuerda la escena de esa noche, el famoso cuadro «El Sueño», de Meissonier con menos hombres, ninguna batería, naturaleza virgen, arena quemante, pocos soldados, y más abnegación, más valor, más sacrificio.

Allá están Chalillos y Julián Zamora colando en sus pañuelos el café lleno de broza. Aquél, alegre y decidor; éste meditabundo y perplejo, con su pantalón azul de enormes rodilleras, sin camisa, de levita negra rasgada por la espalda hasta el tope del cuello y con sombrero de palma; luce presillas de Teniente Coronel hechas de lana amarilla y un solo botón de cobre en el cuello. Es el médico, el

cirujano de la vanguardia, todo nobleza de alma, todo abnegación.

Llegan hasta mi tienda las alegres carcajadas de Faustino Padilla y Joaquín Madriz, a las que hacen bajo el pausado y ceremonioso hablar de don Florencio Castro y los ronquidos que el profundo sueño arranca a Juan Bautista Iglesias, el habilitado; una caja vacía y unos libros llenos de números en el Debe, forman su almohada de campaña.

Al rojizo resplandor de los fogones, con casimir rayado y camisa de lana azulosa, se destaca fantástico el vigoroso busto del tuerto Jesús Padilla, nuestro despensero, el dueño del biscocho de piedra y del dulce de adobe, el rey del café molido. A su lado se ve algo como un pino con patillas, ojos de ascua, tez de bronce, músculos de acero, corazón de niño: es el Capitán Miranda, de Nicaragua, el jefe de la fuerza de cien hijos del Lago.

Diseminados por compañías duermen, velan o rezan contritos los soldados de Costa Rica, mientras sus imaginaciones recorren los desiertos cafetales, el hogar entristecido, los campos perfumados de la patria, a la que tal vez no volverán; besan unidos las últimas cartas de la esposa o de la anciana madre y

mojan con su llanto el sudado escapulario del Corazón de Jesús que manos cariñosas fijaron en la burda manta de sus camisetas.

A mi lado vela el Capitán Pedro Loría, dejando escapar al través de sus empolvados bigotes, el humo azulado de un bajera; con el sable niquelado siempre ceñido y con el pensamiento allá lejos, a las orillas del Río Grande de Alajuela, donde se mece la hoja seca de los cañaverales, arrullando el agitado sueño de su prometida.

*

Nervioso, enérgico, alma de hierro y corazón de oro, el General Vargas recorre cauteloso el campamento; lo acompaña su ordenanza, el cholo Vives.—No sosiega un instante: cubre al soldado desnudo, atiza el moribundo fogón, inspecciona los nudos de las carpas de campaña, desenreda el cansado caballo, y fulmina el rayo de su cólera sobre el centinela distraído, sobre la más insignificante falta contra su diosa favorita, LA DISCIPLINA.—Es el tipo cabal del soldado valiente, del patriota digno, del jefe pundonoroso. No podré jamás borrar de mi memoria los rasgos cracterísticos de su fisonomía, ya dulce y sonriente, con sus

bondadosos ojos azules y su chivera de oro, ya áspera y acerada con ojos de mar embravecida y cabellera de acosado león.

Espíritu Alvarado me guiña un ojo y atropellando las palabras contra la barrera de sus nevados dientes, me dice señalando al General: Hoy está cara la leña.

¡Está cara la leña! El General no duerme, está contrariado. Pueden atacarnos de un momento a otro y sólo somos seiscientos hombres. Fernández se retrasa; Patiño avanza poco; Villegas aún está lejos.—Oigo murmurar al General:—No importa que muramos, pero siento que sea sin provecho.—¿En qué pensará Cárdenas?—¡Pobres cartagos!

*

A mis oídos llega de pronto un tenue martilleo como de lejano galope. Suenan enseguida el cuerno del jinete, el quién vive del centinela y el choque metálico de las bayonetas que calan. Es un correo del General en Jefe; ya dió el santo y seña (Bernardo Soto) y la contraseña (Alfaro); quiere hablar con el General Vargas y se encierra con él en la tienda. Un cuarto de hora después retorna a su cuartel.

El General me llama y con serenidad ex-

trema, con sangre fría inalterable, me dice: —Mañana a las nueve debemos atacar al enemigo. No dudo que Ud., como todos, sabrá morir o vencer. Delgado ocupó ya el Corpus.

Yo me quedé frío. ¿Era miedo? No lo sé, pero me quedé frío. Loría dijo: Ya se computó el juego. El cholo Vives se tornó cenizo.

*

—Teniente González, continuó el General, comuníqueme lo dicho a los jefes y disponga que se revisen los rifles y el parque. Nada de precipitaciones, con calma.

Salí de la tienda a cumplir la orden del General.—Se despertó a los soldados y se les dijo que para no perder su tiempo les diesen una limpiadita con canfín y lija a los rifles y bayonetas.

Poco después estaba el Consejo reunido en la tienda del General.—Se fijó el plan de ataque por ambos márgenes del río y por una colina que domina la población, desde donde se había podido tomar un croquis de las posiciones hondureñas. Se despachó un correo a Fernández para que llegase a toda prisa en la mañana, a reunirse con nuestras tropas, y otro al General Espinosa para que acudiese

con las suyas, a pesar del convencimiento que se tenía de que no alcanzarían a reunírseos ambos refuerzos hasta la tarde del día siguiente. El Consejo se disolvió y se procedió en el acto a preparar el ánimo de los soldados, a los que se repartió una copa de aguardiente criollo.

A nuestra tienda sólo llegaba un confuso murmullo que venía del hormiguero humano. Pasaron por mi mente, todos agrupados y revueltos, los años de la niñez, la vida del hogar, la triste mirada de mi madre, el beso cariñoso de la hermana, el abrazo efusivo de mi pobre «maestro.»—Con repercusiones de fonógrafo sonaron en mi oído sus últimas palabras:—Adiós, amigo, ve a cumplir con tu deber de ciudadano, no cometas imprudencias; sé valiente y si necesario fuese, muere al pie de la trinchera enemiga como murió tu tío Chepe González.

Un nudo de acero me apretaba la garganta; veía oscuro y triste el porvenir de mi familia, muerta la risa en los labios de mi madre y pensé en morir con honor al día siguiente como mi tío Chepe González.—¡Morir! a los diecinueve años, lleno de energía, de sueños e ilusiones, de esperanzas halagüeñas; morir..., lejos de la patria, del hogar, de la mujer ama-

da. ¿Y para qué? Inútilmente, sin resultado alguno favorable quizás, con la seguridad de la derrota, con la certidumbre de ver desgraciado el pabellón de la patria. Mañana mi cuerpo será pasto de los inmundos zopilotes y sobre mi cadáver inerte, mañana plantará desdeñoso su acerado casco el caballo del tirano indio. Un zumbido como de cien mil avispas encolerizadas, llenaba mi cerebro; ya sólo acudían a mi mente las últimas palabras de mi padre «como murió tu tío Chepe González». Sí, pero mi tío Chepe formó con su cuerpo el pedestal de humanos despojos sobre que brilló el ángel de la victoria; Costa Rica triunfó, el audaz aventurero mordió el polvo; el honor de la patria quedó incólume...

—General, ¿no cree usted que debemos esperar la llegada de los refuerzos?

—Teniente González, la disciplina no admite discusión.—Usted plantará mañana la bandera de Costa Rica en la trinchera enemiga.

—Bien, General, moriré como mi tío Chepe González.

*

—Alto ahí, ¿quién vive?

—Nicaragua y Costa Rica.

—Avance.

Son las dos de la mañana del 5 de Abril de 1885. El avanzado es otro correo del Cuartel General. Trae un pliego que abro y leo a la claridad del fogón del centinela:—

«El dos de abril en curso, los salvadoreños derrotaron ejército de Guatemala en Chalchupá. Muerto Rufino Barrios. En el campo se ha recogido un pedazo de espada con el nombre «Barrios».

El Congreso de Guatemala derogó Decreto Unión Centro Americana y pide un mes de tregua....

Viva Costa Rica. Viva Nicaragua. Viva El Salvador. Patria y Libertad.

Félix Alfaro.»

*

Ya no tengo que morir como mi tío Chepe González.

1900.

LOS DOS MÚSICOS

Al Lic. don LUIS DÁVILA.

Yo los vi y lo recuerdo como si los estuviera viendo; ya al uno, a don Alejandro Cardona se lo tragó la tierra, la misma tierra que sin ser suya, defendió como un bravo y regó con su sangre generosa, la que lo guarda al lado de los valientes que se llenaron de cicatrices y gloria en la guerra nacional: y el otro, el Maestro Pilar Jiménez, aún vive, viejo pero fuerte y laborioso, siempre rebuscándose la vida como Dios se la depara y con el oído atento a cualquier grito, a cualquier chirrido, a los silbidos de los muchachos, al canto de los gallos, al gorjeo de los pájaros, a las mil armonías de la tierra y del cielo, de la que él ama con todo cariño y del que lo viene cobijando hace más de sesenta años; con su cara sonriente y bondadosa, su cabellera rala y desgreñada, blanca ya como el alma que encierra su pecho y como el pensamiento que acaricia su cerebro. Adora a su esposa, dig-

nísima señora, tiene encanto en sus hijos, su justo y legítimo orgullo, siente cariño entrañable por la patria, y su religión es la del trabajo y la del cumplimiento de su deber, pero tiene un vicio orgánico que lo domina por completo y que ni su hijo, médico notable, ni los saludables aires de su villa, ni su constitución de hierro, han podido ni podrán vencer.—¡Padece de música!—Morirá de eso, sin remedio, aunque tranquila y dulcemente.

Pues sí señor, como les contaba, me acuerdo como si los estuviera viendo.

Eran las siete de la mañana; el Maestro Pilar pasó apresuradamente, con un rollo de papeles de música bajo el brazo y su eterno paraguas frente a la casa de Cardona; éste, acabado de levantar, se asomó en ese instante a la puerta.

—¡Adiós, Maestro, por qué tan precisado!

—Voy para San Juan a cantar una misa y debo llegar a las nueve.

—Ya compuse el armonium. Me quedó muy regularcillo.

—¿A ver?

El Maestro Pilar se asomó a la puerta, Cardona se sentó al armonium y para mayor efecto principió los acordes de la preciosa «Serenata de Braga».

Instintivamente el maestro Pilar se fué metiendo a la salita, se arrimó a la mesa, cogió un violín que sobre ella estaba, lo acordó y se puso a tocar la bien conocida melodía, a la vez que Cardona entonaba o murmuraba la parte del canto.

Siguió el «Ave María» de Gounoud, tras ésta, la bellísima canción «Si tú me amaras» de no se quién, y esto y aquello y lo de más allá.

El armonium funcionaba de lo lindo, el violín no se daba punto de reposo. Cardona con el orgullo del mecánico hábil y la pasión del artista íntimo teceleaba con maestría, el Maestro Pilar hacía vibrar la caja del violín con toda la delicadeza de su alma de viejo niño, con todo el entusiasmo de su pasión y con todo el espasmo del vicio que lo va a matar, sin cuidarse los dos del mundo que los rodea, ni del calor sofocante, ni del sudor que corría por sus sienes, ni de la fatiga que invadía las articulaciones. ¡Música y más música! ¡borrachera inmensa de notas y de arpegios, de melodías y de estridencias; ebriedad sublime de inefables sentimientos, sangre del alma, rayo luminoso del noble pensamiento! Un par de locos admirables; encenegados en el vicio vo-

luptuoso del sonido y en la crápula encantadora de la armonía.

—Dispénsenme un momento, dijo entrando la señora de don Alejandro, ya está puesta la mesa y el almuerzo se les enfría.

—¿Qué hora es?, exclamó el Maestro Pilar.

—Acaban de dar las once.

—¡Ah carachas!

Todavía lo están esperando en San Juan para la misa cantada.

El País, 19-II-1901.

TIME IS MONEY

No podía ser más agradable aquella melodía inagotable que como raudal de encantadoras armonías llenaba mi alma de un arrobamiento singular. Mi entusiasmo se manifestaba a cada instante, ya con la expresión, ya con la mirada; llevaba el compás con los nudillos sobre la madera de la mesa en la cual descansaba aquella máquina admirable.

¡Oh, Mascagni, el loco de las melodías extrañas, el desequilibrado de las inmensas disonancias! ¡Te han copiado hasta el último quejido de tu «Santuzá» y hasta el último arranque de coraje de «Turido»! Sí, ese es, escucha: «¡Viva il vino spumigliante!»! ¡Magnífico, sublime! ¿No oyes la tierna despedida? ¡Conmovedor! Parece mentira que la mecánica haya llegado a tal extremo de suavidad y de dulzura. Esta máquina es una orquesta de arpas y cítaras encantadas. Bien la han bautizado «Regina»; ya lo creo, es la reina de las cajas de música, es el último peldaño en la escala que principió por el organillo callejero.

Y no lo digo yo, pobre diablo sin principios musicales de ningún género, nacido en este rincón, asilo del mal gusto y que apenas sí he podido ver el mundo civilizado por el ojo de una cerradura.

Allí está ese señor, hijo indudablemente de la noble Germania, de aquel país en donde la música tiene su culto y sus sacerdotes, país en donde todos saben apreciar el valor de cada nota y el valor de cada melodía.

Está entusiasmado, no cesa un sólo instante de registrar hasta la más pequeña de las ruedecitas que forman ese mecanismo complicado.

No hay duda, ese hombre siente con más intensidad que yo el inmenso placer del sonido; y es que también el pobre no está en su país; cada nota debe recordarle alguna cara amiga, cada arpegio debe traer a su mente el recuerdo imborrable de la patria; el susurro de la brisa natal en los pinares o en las ruinas seculares de algún castillo que se mira en el cristal del Rhin o del Mosela. ¡Pobre macho! ¡Cómo se afana, cómo escudriña en las entrañas de ese artefacto de acero!

Creerá encontrar entre los dientes de las ruedas o enredada en la brillante espiral de

la cuerda el alma encantada de la armonía, el genio espiritual del gran maestro.

Ahora ha visto algo que llama más su atención, es aquel letrero estampado en la planchita de metal, debajo de la tapa. ¿Qué será? ¡Lo copia en su cartera!

No me pude contener.

—Dispense usted, caballero, ¿toma usted el nombre y dirección del fabricante de esta caja de música que le ha llenado el alma de suaves recuerdos? ¿Que talvez ha despertado en usted el eco dormido de la patria?

—Nain, mi toma nota cuando acabar patente escape espiral para aplicar máquina automática haciendo ¡chorizos!

El País 26-III-1901.

20 DE JULIO DE 1810

COLOMBIA, el más humilde de tus admiradores, te saluda en este día para ti memorable! ¡Saludo tu glorioso pabellón que en sus colores tiene escrita tu brillante historia!

Es el azul de tu bandera, como el azul hermoso de tu cielo, inmensa cúpula de zafiro, sembrada de diamantes, que así se retrata majestuoso en las turbias ondas de tus grandes ríos que llevan en sus espaldas poderosas la barca henchida de tus innúmeras riquezas hacia los dos océanos que tu manto bañan, como tiñe con el color de la turquesa las fecundantes linfas del gracioso Funza que ora pule con su mansa corriente la inmensa esmeralda de la rica sabana, como caprichoso y arrogante despedaza sus cristales en girones de arco iris y salta en la horrorosa cima del Tequendama, desde las frías regiones del sauce gemidor y del enhiesto pino, hasta las tierras caldeadas por el sol en las que perfuma el ambiente el copo de oro del florido

aromo y flotan al beso de la brisa las verdes plumas de las prolíficas palmeras.

Es el amarillo de tu invicto estandarte, emblema de tu inagotable riqueza: del oro que está esparcido en las venas de tu suelo y que forma inmensa red de riquísimo trabajo en el que engarza el divino artífice las gemas todas que la roca cuaja en su seno; allí el oro, la plata, el platino y el mercurio, allí el diamante y la esmeralda, revueltos en tus cavernas con el hierro, el cobre y el carbón de piedra, los representantes del lujo y la riqueza en íntimo consorcio con los agentes de la industria y del progreso.

Florecen y fructifican sobre tu pujante suelo todas las plantas: desde las que dan a tus hijos el pan de cada día en abundancia y sin esfuerzo, hasta las que así lo precaven y curan de las dolencias materiales de la vida, como destilan el sutil veneno con que destruyen a sus temerarios enemigos. Y duermen a la sombra de tus florestas, al abrigo del ceño adusto de la airada tempestad y cruzan el espacio luminoso, todos los individuos de la fauna tropical, llenándolas con sus rugidos las fieras, con su balido las ovejas, con su alegre canto las aves; desde el puma audaz y

el tigre atrevido, el pesado tapir, el pachorrudo caimán, el feroz coyote y el infame crótalo, hasta el regio cóndor, el águila altanera, el fúnebre mochuelo, la graciosa garza, la chisga de oro y el radiante colibrí. Pero más hermoso aún es el rojo encendido de tu insignia. No es el rojo de tus volcanes, no el reflejo de los incendios que el sol finge en su ocaso; es el color de la ardiente sangre de tus hijos que así fecunda ideas generosas en los privilegiados cerebros, como los cubre con el gorro de la libertad, y colora la bruñida lámina de sus aceros; de tus hijos, que así llenan al mundo con el verbo sagrado de sus famosas leyes, con el ascua encendida de la graciosa poesía, con el eco de sus alegres cantos, como empuñan la caña del arado para surcar tu superficie y el incansable pico para despojar de su riqueza a tus entrañas; de tus valientes hijos, que a la sombra veneranda de Bolívar, cantan himnos de gloria al ángel de la paz, o ya encendido el corazón en santo amor a la libertad e idolatría por la patria, riegan su sangre en los pliegues de tu manto y cubren con sus esforzados pechos el ara augusta de su derecho. Saludo reverente tu pabellón glorioso, ¡oh madre de inmortales, semillero

de héroes! Y en este día, aniversario de aquél en que tus primogénitos lanzaron el valeroso grito de la independencia a la faz del asombrado mundo, te dedico con sincero cariño todos los pensamientos de mi cerebro oscurecido y todos los latidos de mi corazón humilde.

El País 20-vii-1920.

UN DISCURSO IMPERECEDERO ✓

CUÁL de mis lectores no conoció al maestro Fernando Ramírez, el de La Isla, el del Hatillo, el de Alajuelita?

De mediana estatura, regordete, cuidadosamente afeitada su cara bronceada, bien peinado el cabello negrísimo; de pie en el suelo, pero muy limpio. Chaquetón de fina jerga, camisa de blancura impecable, pantalón de casimir, de corte irreprochable, ceñido a la amplia cintura con magnífica banda de redecilla. Y su buen sombrero de pita, siempre bien azufrado, dando sombra a la acholada figura del maestro o en la mano de su dueño rindiendo afectuoso, meloso y empalagoso homenaje a cuanto hombre de pro con quien aquél tropezaba.

Porque había que oír al maestro Fernando al presentar sus respetos a quien calzara siquiera una línea más que él en la jerarquía social. La ancha y carnosa boca se explayaba dejando al descubierto las dos hileras de finos y blanquísimos dientes; bañaba todo el rostro la más humillante expresión de respeto; los

ojos se entornaban hasta parecer simples puntos ortográficos; el sombrero bajaba de la negra cúspide hasta el nivel del ombligo y la mano libre se tendía impetrando un afectuoso apretón. «Excelentísimos» o «Ilustrísimos» eran para él todos los empleados públicos de oficial mayor para arriba, y «Lindísimos» o «Encantadorísimos» los de jerarquía inferior, hasta escribiente supernumerario. A los porteros y demás colas del presupuesto, no los saludaba el maestro. A nuestro inolvidable amigo Camilo Mora le decía «Divinísimo,» y a Ricardo Bermúdez, a quien no saludaba antes, lo llamó «Honorable,» en mi presencia, cuando lo vió de escribiente en el Congreso.

Allá por el año 1883 era yo «Encantadorísimo,» pues desempeña el alto puesto de escribiente en la Gobernación de San José. El maestro Fernando «difundía luces» en la escuela de La Isla a un par de docenas de mocosos.

Vinose a mí el «Apóstol de la Ciencia» y después de propinarme diez o doce epítetos, me suplicó le hiciera un «discursito, cortito pero entradorcillo,» como él lo soñaba, para que fuera pronunciado por uno de sus discípulos en el próximo examen de su escuela

La verdad, yo me sentí envanecido por la distinción, y acto continuo, robando un par de horas a las tareas gubernativas y tres plieguitos de papel nacional, emprendí la ardua tarea literaria, empujado por el acicate de las expresiones de admiración que el maestro no me escatimaba a la lectura de cada párrafo.

Naturalmente, hubo abrazo de gratitud, que aún me ruboriza, y fuí invitado al examen en el cual mi pieza oratoria iba a tener puesto conspícuo.

En efecto, entre las ramazones de uruca, en medio de las columnas de vástago de plátano, los faroles de papel y las guirnaldas de pudreoreja; embalsamado el local con el penetrante perfume de piñas, limas, naranjas y anonas colocadas en pirámides en cada hueco de la ventana o alacena y coronadas con banderitas de papel dorado o plateado, tuvo verificativo el examen público, presidido por el Inspector de escuelas y presenciado por dos docenas de padres y madres de los educandos.

A su debido tiempo se levantó de entre los examinandos un chacalín de unos ocho años, flacucho, desmedrado, almidonado y emperifollado y fué a colocarse en la tarima desde

donde lanzó con voz chillona las brillantes frases de mi obra de arte:

«Señor Inspector de escuelas, señores padres de familia, señores:

«Escogido entre mis condiscípulos, aunque sin merecerlo, para dirigiros la palabra en esta solemne ocasión...»

Principió el chiquillo y siguió con la retahila de sandeces que a mí se me habían antojado figuras retóricas de alto vuelo.

Cierto es que el tal discurso tenía novedades hermosísimas, entre otras:

«Las tinieblas de la ignorancia,»

«la luz inextinguible de la ciencia,»

«el humilde labrador,»

«la esperanza de la patria,»

«los apóstoles de la enseñanza,»

«el Supremo Gobierno que siempre vela,» y otras muchas que hasta entonces, al menos para mí, nunca se habían dicho y de las que, por fortuna, nunca tampoco se ha abusado.

El caso es que el discurso «nos quedó lindísimo» y fué aplaudido y comentado por el señor Inspector y por «los humildes labradores.» Por supuesto que el maestro, henchido de vanidad y harto de satisfacción, dejó a todo el mundo creyendo que él había sido el Autor.

Yo me atraganté de anonas y hasta me traje unas cuantas en un pañuelo de rabo de gallo para solaz de mi mamá.

Era yo Padre de la Patria, por voluntad soberana del pueblo soberano. ¿Verdad ustedes? Pues bien, doce años habían pasado desde el célebre estreno del mentado discurso.

El maestro Fernando ya me llamaba «Ilustrísimo» y estaba empeñado en que le amamantara y sacara de pila una su eterna solicitud de pensión que pendía en el Congreso desde hacía ya más de un lustro, sin que hubiera pasado el dictamen de la comisión de credenciales y gracia.

Regentaba a la sazón el «Apóstol de la Ciencia» creo que la escuela de varones de Alajuelita, y para darme una clara muestra de lo mejoradas que estaban sus dotes pedagógicas, me invitó al examen de fin de curso.

Acepté. Siempre me he deleitado con esos actos solemnes a la par que ridículos, en los que maestros, Inspectores, padres de familia, Juntas de Educación y examinandos se engañan unos a otros a sabiendas y la majestad de la ley se deja ampliamente satisfecha.

Al final del acto, un mocoso de cortísima estatura, pero de altas dotes declamatorias, subióse a un taburete y nos espetó un discurso:

«Señor Inspector, señores miembros de la Junta de Educación, señor Cura Párroco, señores padres de familia, señores:

«Escogido entre mis condiscípulos, aunque sin merecerlo, para dirigiros la palabra en esta solemne ocasión.... las tinieblas de la ignorancia.... la luz inextinguible de la ciencia... el humilde labrador.... la esperanza de la patria... los apóstoles de la ciencia... el Gobierno que siempre vela... etc., etc.»

¡Mi discurso! el mismo, sin un solo remiendo, sin una sola intercalación, tal y como lo escribí en la Gobernación doce años antes!

—Dígame, maestro, ese discurso...

—Sí, ilustrísimo, es el tuyo; ¡está como nuevo y cada año gusta más!

Ya hace años que murió el maestro Fernando, sin haber obtenido su pensión. Entre sus escasos bienes, al hacerse el inventario del contenido de un baúl, se encontró, entre otros objetos conservados con esmero, un rollito de papel ministro en el que se leía aún:

«Escogido entre mis condiscípulos, aunque sin merecerlo... el Gobierno que siempre vela...»

El Libro de los Pobres.

Nueva York, 22-VII-908.

LA PROPIA

[A casita es un enjambre. Enjalbegadas con cal las chatas paredes del amplio corredor y adornadas con vivos azules las anchas ventanas que dan luz a la espaciosa sala. En una de las esquinas de aquél, un mocetón robusto, cubierto de sudor y polvo, no da punto de reposo al manubrio del Campeón, que avienta y clasifica el café con sonidos de cascada que fingen los granos al revolverse entre el cilindro espiral de la criba de alambre, y con mugidos de huracán que imitan las paletas que lanzan al aire, como columnas de humo amarillento, la cascarilla que los rayos del sol desprendieron del aromoso grano y que, arremolinada por el viento del aparato, va formando en el costado de la casa, un montículo dorado.

A lo largo de las paredes del corredor están las escogedoras apartando con primor los granos negros y quebrados sobre las lisas tablas de las mesas y dejando caer por las tolvas

los granos limpios y parejos, que van llenando, puñado a puñado, sendos sacos panzudos. No paran las manos, ora persiguiendo el negro, ora entresacando el pedazo, apartando los paillos, espulgando los terroncitos y las piedrecillas y empujando con el filo de la mano y el desnudo brazo, el montón de los escogidos; mas tampoco paran los ojos ni las lenguas: aquéllos para miradas de envidia a las afanosas, para guiños a los peones de acarreo, que con sus delantales de gangoche amarrados a la cintura, llenan las mesas o recogen y cambian los sacos; éstas para la charla salerosa, el chiste picante, la relación de la aventura pasada o para el secreteo de los proyectos de la venidera. La morena regordeta del rincón canturrea la última polka escuchada a la Filarmonía de la villa; la negrilla orillera refiere a la vieja zarrapastrosa, su vecina, un cuento de espantos; la vieja estruja trabajosamente con las recias encías un grano caracolillo, a la par que babosamente chupa un chircagre resistido; un grupo de cholillas alborota entre carcajadas que les remueven las flácidas panzas, celebrando la torta que les refiere una rubia descolorida y pecosa, con cara de candelita derretida; y allá en el extremo, en mesa

aparte, un pedazo de cielo tropical como sólo en esta tierra bendita se ven y como sólo este suelo los produce: una muchacha de quince años, alta, flexible como rama de guayabo, de carnes firmes como el guayacán, de ojos y pelo negrísimos como el güiscoyol, de dientes parejos, blancos, pequeñitos, como granitos de elote tierno, morena con el tinte del cobre viejo y con la eterna y provocadora sonrisa en los carnosos labios de pitahaya; y una gracia, un contoneo y un palpar de pasiones ardorosas cabrilleando en las húmedas pupilas, ensanchando las ventanillas de la nariz, vibrando en el turgente seno; es María Engracia, la guaria de Escasú, el macito de muestra de aquella villa famosa por sus muchachas galanas.

En la sala, ñor Julián Oconitrillo, el dueño del beneficio y del cafetal y del cerco y del potrero y de la «bueyada» y de las sacas de leña y del trapiche del bajo y del cañal que lo rodea y del potro azulejo que en el caedizo se regodea con su buen cajón de pasto picado, atiende a la delicada tarea de la pesa de los sacos llenos, a la costura que sus hijos Bernabé y Zoila desempeñan y a la marca que Micaela su mujer les planta orgullosa con la

lámina perforada «J. O. London» y la brocha untada de negrísimo betún.

Ñor Julián, cholote panzudo, peliparado, afeitado de barba y boca, con camisa gris de lana, pañuelo de seda arrollado al pescuezo robusto de toro, banda de redecilla que ciñe por bajo del vientre el calzón pardo de casimir y calzado con zapatos burdos de becerro amarillos. Cuenta cuarenta y ocho años y es gamonal y tagarote de peso en todo el cantón, en donde en lo administrativo es Munícipe del Ilustre Ayuntamiento, en lo religioso, Vice-Presidente de la Junta de Edificación del Nuevo Templo, y en lo político, es nada menos que Presidente Honorario del Gran Partido Progresista que trabaja por la candidatura presidencial del eximio Coronel don Torcuato Morúa.

Ña Micaela, como de treinta y cinco años, flaca, enfermiza, avejentada por el trabajo rudísimo de la piedra y de la batea en sus dieciocho años de matrimonio. Bernabé, de diez y siete años por el estilo del tata, y Zoila de quince, con cara bonita y expresiva, pero de cuerpecillo enclenque y desmedrado.

Los mocetones alzan en vilo, con un vigoroso empuje de caderas, los sacos repletos y

se los encajan en la membruda espalda y encorvados y haciendo resonar en el duro suelo sus talones de hierro, van tirando la carga en las carretas que el «bueyero» acomoda. Pela un muchacho con su afilado «Colis» las sabrosas cañas y partiéndolas en cabos, las ataruga en los hocicos de los bueyes, ya ocupados con el verde «cojoyo,» cuyas colas tiemblan a cada magullón de las poderosas quijadas y por cuyas hojas ásperas y cortantes corre la babosa espuma en hilos mucilaginosos, en tanto que las tenaces moscas saltan de las húmedas narices a los ojos y de los ojos a los lomos, de donde las espanta el colazo siempre tardo o las ahuyenta la vibración del músculo bajo el elástico pellejo del sufrido bruto. De cuando en cuando, un cinchazo cruza la cerdosa barriga de un marrano que arrebatata un trozo de caña y el ratero salta chillando y se zabelle entre el fango de la paja de agua, en donde gruñendo mastica la dulce presa y la convierte en amarilla estopa.

Allá a lo lejos aguija otra yunta un chiquillo, a horcajadas en el volador, y las macizas ruedas de piedra pasan y repasan machacando el café y desprendiendo la cáscara, en la trilla circular. Como granizada resuena en el patio

el café que los peones remueven con palas de madera, unos extendiendo el mojado, otros volteando el que está a medio palo, otros amontonando el seco.

Y por todas partes el sol de febrero, rojo como cara de borracho, quemante, abrasador, llenando de vida exuberante a la campiña, dorando la lejana loma, reseca la tierra desnuda, achicharrando los jarales, despellejando los troncos de los árboles viejos, metiendo sus rayos, como hojas de machete nuevo, entre las breñas y fingiendo relucientes monedas de oro en la fina grama de la espesura. Ese sol que es nuestra gloria, sol tico, amigo nuestro, el gran peón sin salario, que vigoriza el cafeto, barniza la hoja, hinche de miel la roja cereza, seca el abejón, rasga la cascarilla, colora el pergamino, azulea el grano y...

el aroma le da que en los festines,
la fiebre insana templará a Lieo.

Mucho le gusta a ñor Julián, pero mucho, la tal María Engracia. Mucho se le arrima, mucho le ayuda a escoger, con sus dedotes de guineo morado, y con disimulo le atiza piropos vulgarísimos a la vez que le echa café casi limpio en su mesa y le hace cachete en

la medida. Todos lo notan: la rubia descolorida ya se lo hizo ver a las cholos, una de éstas al mocetón del aventador, éste a un arriero. X

Ña Micaela no las tiene todas consigo, pero teme tanto la brutalidad del padrote, que a nada se atreve; ya una vez, reuniendo toda su energía, le dijo:

—Fulián, podías dejar quieta a Engracia....

—Y vos podías estar en lo que estás y dejarte de fisgoniar lo que no te importa.

Y la infeliz mujer masca sus celos junto con sus rezos, haciendo promesas al Santo Patrono del pueblo, que en pintarrajeado camarín de hoja de lata brilla entre clavelones en el testero de la sala, o ya cuando el retorcido corazón se le sube a la garganta y allí se le anuda y va a deshacerse en copioso llanto, se levanta presurosa con el pretexto de encandilar el fogón de la cocina y allí desahoga a solas sus angustias y a su regreso se queja en alta voz del humo corrosivo de los tizones que enchila los ojos.

—¿Y diai, te resolvés?, susurra ñor Julián casi al oído de María Engracia.

—Hable usted con mama, contesta la morenilla ruborizada.

—Bueno, avisale que esta noche iré.

El sátiro se retira y finge inspeccionar la yunta de mansos pailetas que el muchacho está «cojoyando.»

—Verdá, ñor Fulián, que al güey viejo le gusta el cojoyo tierno?, insinúa el chacalín con sorna.

El gamonal coge al vuelo la puya, enrojece de cólera y con un «Abreviá mocoso», da por terminado el incidente.

*

La madre de María Engracia no se hizo de rogar mucho; fingió al principio grandísima indignación que fué paulatinamente disminuyendo a la par que fueron en aumento las ofertas del padrote: seis onzas para entejar el rancho, un rebozo de seda de los atorzalados y una cerda parida desvanecieron los escrúpulos de la otra marrana y dieron por cerrado el infame trato. Ñor Julián se adueñó de la vendida fortaleza. El señor Vice-Presidente de la Junta de Edificación del Nuevo Templo se hizo cargo, desde esa noche, de costearles la penosa vida a la harpía y a la manceba.

Y fiestas van y fiestas vienen y allá ruedan las cuartas de India tras las enaguas de todos

géneros y colores y las camisas lentejueladas y las cintas como franjas de arco iris; y a cambio de rebozos salvadoreños y chales tor-na-solados y aretes y gargantillas de oro, sortijas de carey encasquilladas y peinetas y pañuelos chinos y hasta un caballo fino pasitrotero aperado con montura de ante.

Y siguen los paseos al Puente de las Mulas, y a la Catarata del Brasil, y a la romería de Esquipulas, y a la Pasada de la Negrita, y turnos, toros, retretas, juegos de pólvora y... la mar!... El viejo estaba embo-bado en la conquista y ésta le chupaba la sangre y los reales con vigor de tromba marina.

Sólo una idea bullía en el encandilado cerebro de ñor Julián: «dale gusto a la En-gracia» y sólo un sentimiento hormigueaba en el corazón de la muchacha: «sacarle los riales a ñor Fulián,» y ambos cumplían a maravilla sus propósitos.

*

Pasaron así tres años: los «Lachures» ya no querían hacerle más adelantos a ñor Julián, el Partido Progresista había sido derrotado en las elecciones y el Coronel Morúa

había muerto de despecho; el precio del café no daba ni para la cogida; la garrapata se llevaba las reses dundas; el Gobierno rehusaba recibir dulce de los que habían sido contrarios; y el chapulín había arrasado milpas y frijolares.

Las cosas, para ñor Julián, eran cada vez peores; hipotecado el beneficio, vendida a ruin precio la montañuela; ña Micaela, acogida al último jirón de su escasa energía, se negaba a dar la firma para hipotecar el cañal y el trapiche que eran su hijuela paterna; las deudas engrosando con los intereses que se acumulaban; y el embargo como la espada de Damocles pendiente del cuello que en su mano sostenía el abogado de los acreedores. Pero Julián no ponía remedio: cada vez más encastrado con su amachinamiento y la morenilla cada día más pedigüña y antojadiza.

¡Y se rompió el cabello y cayó la espada...!

Cuando el depositario nombrado por el señor Juez Civil tomó posesión de los bienes, Julián estaba de paseo en la Boca del Río Grande con la manceba. Ña Micaela se llevó su camarín con su Santo, Zoila se echó al cuadril el escuálido motete de los trapillos de ambas; bañadas de lágrimas, abandonaron la

casa en donde hacía veintidós años que aquélla había entrado feliz del brazo de su querido cholo y en donde la otra había nacido, se había mecido su hamaca y había echado aquel cuerpecillo canijo. No estaba con ellas Bernabé: el pobre mozo, harto de vergüenzas y de improperios, había decidido buscarse la vida en las selvas de Santa Clara, en donde hacía dos años que tragaba miasmas y tiritaba sudando paludismo.

La negativa de ña Micaela dejaba libres el trapiche y el cañal, pero Julián se había hecho gato bravo con ellos y los explotaba con el descuido de quien no los quiere porque no son suyos.

Allá en la Boca, hubo amagos de tempestad: ñor Julián, siempre celoso con su adorado tormento, notó que María Engracia no miraba con malos ojos a ñor Aureliano, mandador de las fincas de don Leoncio, mozo apuesto y pendenciero, gastador y rumboso, tocador de vihuela y echador de coplas. De las explicaciones resultó el mocito ser primo segundo de la hembra, por parte de madre y que la morenilla había sido sacada de pila

por el mismísimo padrino a quien Aureliano rezaba el bendito!.....

A pelo quemado o cosa parecida le olieron los parentescos de consanguinidad y espirituales al taimado viejo y como a él nadie se le enredaba entre las patas, al rayar la luna voló con su presa y ya el sol principiaba a asarles la cara, cuando se apearon a sestar en los Nances. Lo que el viejo decía a la chiquilla, con hartos ademanes y visajes:

—¡Mirá, si no me cuelga el güecho! Y se pasaba el filo de la ceniza manota a raíz del robusto pescuezo.

—Pero de onde saca... murmuraba Engracia.

—¡Callate, pava! Lo que es en otra, ensabate vos y que ese fantisioso se encomiende a las Animas!... Y besaba con chapoteo de sus carnudas jetas las cruces que en la diestra y siniestra mano ostentaba.

*

¡Cuatro cañas medio enguarapadas, molía ñor Julián en el desvencijado trapiche; María Engracia espumaba con el pascón de guacal la hirviente paila y ambos, con el auxilio de un peoncillo, sacaban la tarea de olorosas tapas, que la vieja alcahueta iba envolviendo en ata-

dos con hojas secas de caña y plátano. Poco le había lucido su tercería a la infame harpía: mal comida, mal servida y peor tratada por ambos, era la bestia de carga de la pareja: ella agujaba la desmedrada yunta que movía las pesadas masas del trapiche; ella atendía al hacinamiento del bagazo; ella arrastraba penosamente los pesados troncos con que atizaba la hornilla; ella acarreaba baldes de agua para mojar los moldes; ella espantaba los chanchos, que por comerse las cachazas, amenazaban destruirlo todo; ella cocinaba; ella lavaba; ella molía el maíz y cuando al final de un día de molida iba a descansar sus huesos y su pellejo, servíale de cama un camastro de varillas con un cuero seco por toda estera y un cobo andrajoso por toda cobija!

Aclarando el día, montaban Julián y la muchacha, llevando a la zaga una yegüilla canija con los zurroneos repletos de dulce y temprano arribaban a San José en donde, en su puesto del mercado, extendían la venta; él regateando con los marchantes, ella enmo-chilando los reales y dando los vueltos.

•

Ese sábado, parecióle a ñor Julián haber visto, entre el gentío que se apiñaba por las ventas de maíz, a Aureliano, disimulándose tras la carpa de una trucha, con la mirada clavada en María Engracia, quien se hacía la tonta. Y por sí o por no, echó a ésta un soberano viajazo que ella recibió con estudiada paciencia, abriendo desmesuradamente los negros ojazos, como admirada ante tamaña injusticia.

Sofocante era el calor; el baho nauseabundo del rebaño humano cosquilleaba en las narices y apretaba las gargantas. Eran ya las dos de la tarde y el cielo caliginoso se cubría de pesados nubarrones asfixiantes; mayo no soltaba sus refrescantes aguaceros y los vientos alisios se habían despedido de la tierra tostada por el sol.

Gruesas gotas de sudor rodaban por la mofletuda cara del dulcero y empapaban el bronceo pecho, pegando el escapulario mugroso al pellejo ennegrecido.

Nada más natural que la ocurrencia de María Engracia:

—Voy a ir corriendo a La Violeta, a beberme un fresco. ¿Quiere que le traiga una kola?

—Pero espachate pronto pa que alcemos, contestó Julián. Y ella se fué, llevándose entre el seno la mochila de la venta.

*

Angustiábase el viejo con la tardanza de María Engracia; media hora larga había pasado y la morenilla no parecía.

—¿Cómo está, compadre?, dijo al acongojado dulcero, un viejo humilde y pobrísimamente vestido, de mirar franco y cariñoso, surcada la cara de arrugas y de miserias.

—Ai vamos, ñor Rivera, ¿y usté?

—Como Dios quiere. Cuénteme, ¿cómo sigue mi ahijao Bernabé?, ¿es verdá que está en el Hospital con fiebre de la Línea?

Julián nada sabía de la triste suerte de su hijo, pero un resto de rubor hízole mentir ante la inesperada pregunta y la mirada inquisidora del compadre, y respondió un tanto turbado:

—Pos ya ve... regular... como yo estoy despartao y la madre concertada... él prefirió que lo llevaran al Hospital... pero yo voy a verlo cada vez que bajo... No es fiebre de la mala, son cuartanas que con hoja de guarco y con sulfate...

—¿Y cómo me acaba de decir comadre Miquela, allí en las ventas de la ropa, que esta mañana lo vido y que estaba sin sentío?...

—Sólo que se haiga empiorao; voy horita mesmo a verlo. ¿Quiere tenerme la venta un ratico mantres voy? El atao es a cuarenta y la tamuga, a seis reales. No me tardo.

Y Julián salió desalado, haciendo exclamar al compadre:

—Lo que es él será mal marido, pero es buen tata; ¡Dios lo lleve con bien y le aliente el muchacho!

A la Botica de La Violeta había dicho Engracia que iba a tomar el refresco: para allá corrió Julián; no iba a buscar médico ni medicinas para su hijo moribundo, iba a ver qué se había hecho María Engracia. ¡Excelente tata!

Nadie le dió allí informe alguno satisfactorio; ciego de coraje y espoleado por los celos, voló al corral en donde amarraba las bestias; sólo la yegüilla canija estaba allí; los dos caballos habían desaparecido; a las anhelosas preguntas de Julián, la vieja que percibía el peaje contestó con esta terrible bofetada:

—¡Si hace tamaño rato que ella misma vino y se fué con Auleriano Meléndez y dijeron riéndose que usted pagaba el sesteo!

Y Julián, tras una horrible blasfemia, echó a correr como un loco por el Paso de la Vaca, camino del Río Torres.

Se acercaba la media noche; la luna bregaba por asomar su cuerno menguante por las rendijas de los negros nubarrones que aquel día de horno había amontonado en el cielo; el estrecho valle del Lazareto Viejo bostezaba entre los altos acantilados del Virilla, embozado en espesa capa de niebla; los cafetales yacían solemnemente silenciosos y al pie de los cuajiniquiles y los plátanos de hojas despedazadas por los vientos del pasado abril, los grillos coreaban con sus herrumbradas dulzainas; una que otra candelilla encendía su cirio funerario en la margen de la acequia, alumbrando el *de profundis* que entonaban los sapos y allá en la loma se estrellaban los ecos del medroso ladrido de los lambuzos atosigados por la sarna.

En una de las piezas de la hacienda de Las Animas, dormían entrelazados, hartos de tragos y de voluptuosos deseos, fatigados por la bestial orgía, Auleriano y María Engracia. Un cabillo de vela de sebo chisporroteaba próximo a hundirse entre la botella que le servía de candelero.

El débil cerrojo de la puerta cedió al empuje vigoroso de Julián y, antes que Auleriano pudiera defenderse, una tremenda puñalada le dividía la carótida izquierda; brotó la sangre en espumoso chorro y una voz de angustia infinita hendió siniestramente los aires en el silencio de la noche, volviendo el pesado cuerpo a desgajarse entre la cuja. María Engracia, a quien el terror prestó alas, saltó por encima del agonizante y se lanzó dando alaridos por entre el cafetal.

Acudieron los peones de la hacienda con realeras y linternas y lograron desarmar al asesino que seguía apuñaleando a su víctima con saña fiera, lanzando imprecaciones espeluznantes y carcajadas aterradoras.

.

.

Amarrado a la cola del caballo del Juez de Paz de la Uruca y rodeado de una fuerte escolta de mocetones bien armados, hizo su entrada a esta ciudad el reo, en la mañana del domingo; cerraba la comitiva la improvisada camilla de tijereta en la que el cadáver de Auleriano era transportado.

Ya en las cercanías de la cárcel, dos mujercillas agarradas furiosamente de los moños,

:

:

se revolcaban en el hediondo caño, cubriéndose de arañazos y denuestos; la Cinco Pelos, enclenque y desmedrada, llevaba la peor parte; uno de los de la guardia, que la conocía, acudió presuroso en su socorro y no logró que la otra soltara su presa, hasta que no le dijo:

—¡No ves que ahí traemos al tata amarrado por una muertel!...

¡La Cinco Pelos era, en efecto, Zoila, huida años antes de su concierto con un policía de los de Orden y Seguridad!

Todo lo confesó Julián al señor Juez del Crimen. Allí mismo se dictó el auto motivado de prisión y el reo quedó incomunicado.

No bien el corneta de la Cárcel había alborotado al vecindario despertando a los dormilones con su toque de lista de siete, cuando una viejecilla enlutada y llorosa, cubriéndose la cabeza llena de canas con el rebocillo hecho girones y llevando bajo el huesoso brazo una cobija de lana colorada, se acercó tímidamente al Alcaide y con temblorosa y humilde voz, entrecortada por los sollozos, pidióle permiso para ver al reo y para entregarle a más de la cobija, un medio escudo que trabajosamente desanudaba de una punta del pañuelo de hombros.

—¡Eche acá la plata!... Y empujándola groseramente hacia la sala de visitas, en donde el reo conferenciaba con un taimado tinterillo, exclamó:

—¡Conitrillo!... esta vieja quiere hablarte; ¿es algo tuyo?

El reo alzó rápidamente los ojos, pero al reconocer a la intrusa, sin levantarse siquiera a recibirla, con aire indiferente y fatigado, contestó:

—Sí, señor; ¡es la propia!...

Páginas Ilustradas.

1.º y 15-iv-1910.

EL PRINCIPIO DE AUTORIDAD

QUIÉN no sabe cuál es el verdadero significado de esta frase en Costa Rica, «una carretada de leña»? Y sin embargo, cuando yo era chiquillo, en años que a nadie le importa saber cuándo corrieron y que no soy capaz de decir a los envidiosos, una carretada de leña era cosa muy distinta de lo que hoy es. En aquellos dorados tiempos, en los que doña Pascuala García daba 18 huevos fresquitos por dos reales, en los que un cinco de caña no se lo echaba a la espalda un zagaletón, en los que un diez de chayotes alcanzaba para toda la semana y por veinte reales se obtenía el más flamante par de zapatos que pies humanos pudieran calzar, en esos tiempos de miel y leche, digo, una carretada de leña parecía un monumento, contenía innumerables palos de madera seca y fina, sonora como una campana de plata, resinosa como pino-tea y capaz de sostener vivos los fogones de una cocina, planchando y todo, por más de veintidós días, a todo

viento y con regueros de lustrosas brasas, como ocurría con el uso de los tinamastes. ¡Y por un escudo...!

¿Y hoy? ¡Válganos San Isidro Labrador! Vergüenza debiera darnos de ver a lo que hoy se le llama con aquel respetable nombre, y por lo que se nos obliga a aflojar seis colones de buen metal, de 21 quilates. Y luego, los desastrosos resultados; la casa se llena de humo, se le enchilan los ojos a todo el vecindario, la comida queda cruda en vida, se ahuma el arroz de leche, y la cocinera pide su pasaporte y nos trata de cochinos, por añadidura.

Es claro: al madero negro, al guayabo, al guachipelín, al güesillo, al aguacate y a otras veinte maderas quemadoras y decentes, secas y timbradas, han venido a sustituir el guarumo, el güitite, el targuá blanco y hasta el jocote, sin contar al poró verde y al itabo, llorones, chorreando agua, que al lamido de la efímera llama de los colochos y de las astillas responden con un horroroso humarasco y un espumeo desconsolador, se ennegrecen como si los embarnizaran con pavesa y se convierten en destiladeras de zumo acre que se come las cocinas de hierro. ¡Y luego el tamaño

de la carretada!... En una carretilla enclonque y tísica, una armazón a guisa de techumbre de doble caedizo, dejando en el centro una cueva en donde cómodamente pudieran haber más palos de leña que los visibles, el astuto leñador edifica algo así como una portada de iglesia, con cincuenta o sesenta palos mezuquinos, dándole apariencia de carreta recargada y con tal arte y tal destreza aparejados, que el ojo más escudriñador no percibe el engaño. Naturalmente con tales palos y tal suma de ellos, si secos, habrá lumbre por una semana, si mojados, habrá humo y lloriqueos per sécula seculorum, salvo que un baúl desven cionado, una tizereta desfondada, o un par de cajones de piano, acudan en ayuda de la cocinera.

¿Quién no ha sido víctima consuetudinaria de esa pública calamidad a la que debieran volver los ojos llorosos nuestras autoridades?

He aquí un caso que por típico lo cuento y por histórico conservo en los archivos de mi memoria.

La criada de adentro (llamadas así porque justamente son las que más tiempo pasan afuera) salió muy de mañana a atravesar una buena carretada de leña a la entrada del

Laberinto y con ella, el par de terneros que la arrastraban y el «bueyero», volvió triunfante como a las nueve de una mañana cenicienta de temporal cerrado. Mi inolvidable costilla, que no sabía distinguir entre el guayacán y el guarumo, y que calculó por las apariencias, que la carretada merecía el nombre, cerró el trato con el mentiroso leñador, por siete miserables colones, precio exiguo por cosa tan «manífica» como la pintaba el ladino palurdo; según él, allí no había sino guayabillo, aunque, para no engañar, confesaba que se le habían ido en la cuenta unos pocos palos de «guácimo» y una media docena de guapinol.—¡Dios lo tenga a donde tiene a Gestas!—Y comenzó la descarga, en el zaguán de la puerta cochera. Mi dormitorio quedaba pared de por medio con el zaguán.

Echaba yo ese sabroso sueño del perezoso, el último de la mañana, para quien lleva una vida regalona, que a Dios gracias siempre he llevado, gracias a los millones que heredé de mis padres. El primer brazado de leña que cayó en el empedrado del zaguán, me despertó sobresaltado. ¡Se armó la gorda!, exclamé, echándome fuera de la mullida cama con la idea de que la Unión Católica había dado el

golpe que en esos días se esperaba y que aún creo se está esperando. El segundo brazado me dió la nota verídica de los hechos, pero ya espantado el sueño, procedí a medio vestirme y a fuer de *pagano*, abrí una ventana y procedí a la inspección de la compra.

—Mire, ñor José, no siga descargando; ¿cuánto le ofrecieron por esa cochinateda?

—Yo no traté con usted, mi trato jué con acá, y el campesino señalaba con la jeta a mi consorte, y seguía tirando abajo los palos empapados y verdes de su carreta.

—Pues haya usted tratado con quien haya tratado, yo soy el que paga y no me da la gana de pasar por un engaño como ése; su leña es una indecencia y su carreta no hace ni media carretada por lo chiquilla y por el caedizo que le ha dejado en medio. Si usted no tiene conciencia para venir a engañar a una señora, yo tengo razones para hacerlo a usted respetarla. Cargue usted otra vez y lárguese cuanto antes.

Eso le dije, mi palabra de honor que eso y más le dije y que por respeto a mis lectoras no copio, y subrayé mis expresivas razones con una tremenda amenaza de pegarle un

tiro si no procedía inmediatamente a recoger su indecente mercancía.

El palurdo saltó de su carreta y dejando plantados sus bueyes en mi zaguán, fué, echando sapos y culebras, en busca de un —66— «polecía», con quien retornó a los pocos minutos.

El representante de la autoridad, mozo buen mozo, de mediana pero garbosa estatura, blanco, ojos gatos y melenilla rizada, color de canela, bien retorcidas las puntas de un bigotillo color de herrumbre, había levantado información en el camino y, formado juicio completo sobre el intrincado caso, fallando in mente, a favor del ladino leñador. Con la contera del recio tortol dió unos cuantos golpes en la puerta principal, a los que respondí yo saliéndome a la acera, en mangas de camisa, listo a sostener mi derecho en todas las instancias.

—¿Qué la cosa?, ¿ah?, ¿poqués que no quieren pagarle a este hombre su leña? ¿Qué, que la quieren de valde? ¿Y usted fué el que lo amenazó con tirarlo? Se viene conmigo a la Comandancia. Acabá de descargar, dejá la carreta y los bueyes onde Manuel Her-

nández y te vas ligerito para onde don Gregorio. ¡Apuren...!

Eso sentenció el agente de orden público, sin oírme, sin convencerme en juicio oral por él establecido en media calle y teniendo como auditorio a mi familia y algunos vecinos y viandantes. Naturalmente, el bigotillo sufrió serios estrujones de vanidosa prosopopeya de parte del policía y el carretero, henchido de suprema felicidad, me restregaba su triunfo con sonrisas y meneos de cabeza, hartos significativos.

¿Que yo soy pacífico?, ¿quién dijo que yo soy pacífico? Es decir, yo no ando en pleitos a cada rato, observo una política de prudencia que bien puede haberse interpretado de cobardía, en ciertos casos, mal interpretada, por supuesto. Pero cuando se me sube el González o el Zeledón o el Ramírez o el Castro, que de todos corren nutridos por mis venas, yo mismo me desconozco: me vuelvo una tintorera herida a la que hubieran robado sus hijuelos; no reconozco ni pelo, ni color, ni tamaño; y más cuando me siento empapado en derecho, con toda la razón de mi parte y a la sinrazón batiendo palmas. Por consiguiente,

enfurecido, pero aún conteniendo los feroces impulsos, dije al policía:

—Este hombre ha tratado de engañar con su puercada de leña verde y mal cargada, a mi señora, quien no entiende de esas cosas; yo le llamé la atención a su dolo y él rechazó mis razones; me insultó y no me hizo caso; encolerizado, lo amenacé, pero sin arma ninguna, y él se apeó de la carreta y se fué en busca suya. Venga usted y verá por sus ojos la maldita leña y se convencerá de que tengo razón.

—Eso lo debieron haber visto antes de cerrar el trato; si tiene algo que alegar, alégueselo a don Gregorio; traiga el saco y el sombrero y camine conmigo.

Mi indignación llegó al colmo, no pude más, y a gritos destemplados y usando de un vocabulario que Sancho me hubiera envidiado después del vapuleo de la venta, hice mi alegato en aquella corte callejera; el policía gritó más, el carretero terció en la contienda, la familia mostró su justa indignación, y acudieron más vecinos, entre los que apareció mi buen amigo y proveedor don Celestino Gómez, a quien Dios guarde y haga prosperar por muchos años.

Celestino se abrió paso entre la multitud y dando un fuerte tirón al policía, le hizo observar que yo no era un simple mortal, sino nada menos que un Diputado al Congreso, inmune por consiguiente y merecedor de todo el respeto de que su insignificante autoridad fuera capaz.

El cambio que se operó es indescriptible; el policial me enderezó su más dulce sonrisa y lanzó rayos de oprobio sobre la sucia cara del leñador.

—Eche para ver la leña.—Y se encaminó donde los cuatro guarumos y poroses yacían. A la vista de los palillos, se indignó, mas cuando se asomó al rancho que aún se ostentaba en la carretilla, la indignación no tuvo límites ni reconoció barreras, retorció nerviosamente el bigotillo y encarándose con el leñador, vociferó:

—¿Hombré, y esto es lo que vos llamás una carretada de leña? ¿y a estos cuatro palos verdes en vida, llamás leña? Debía caerse la cara de vergüenza, antes de resolverte a venir a la ciudad a engañar a las señoras; ¿y por esa cochinateda querés que te paguen siete colones? Siete años de presidio te habían de encajar por mala fe y por chanco; hombré

¿pos qué's lo que vos te estás pensando? Abreviá a cargar esas calillas y venite conmigo; ¡es ya!...

Y volviendo a mí su faz augusta en tono quejumbroso y de altísimo respeto:

—Me hace el favor de dispensarme, pero yo no sabía que usted era... es decir, no sabía cómo era la leña y no me habían dado tiempo de ver el rancho; va usted a ver la que le va a pasar a ese concho mala fe, no le van a quedar ganas de volver a vender porquerías...!

Y, efectivamente, diez minutos más tarde se llevó al carasucia con su yunta de terneros enclenques y su carretilla desvencijada, en donde campeaban en toda su verdura los guarumos, los poroses y los jiniocuabos asegurados contra incendio.

Celestino Gómez, mi señora y yo, quedamos en la puerta de mi casa discuriendo acerca de un tema encantador: «El principio de autoridad».

Publicado en *Pandemonium*.

New York, 15-IX-1911.